

“Mi lucha es escribir a la vez que vivir la vida cotidiana”

Knausgård presenta el quinto tomo de sus infernales memorias

CARLES GELI, **Barcelona**

La elegante americana gris, la camisa azul cielo y la informalmente arreglada melena grisácea lo tamizan, pero el de Karl Ove Knausgård es el rostro de alguien que ha pasado por el peor de los infiernos, el interior, en un duelo con la vida para ser feliz, amar y convertirse en autor temiendo que jamás logrará nada. Lleva más de tres mil páginas haciendo la crónica de esa batalla y, sobre el papel, parece que ganó. O no. Tampoco queda tan claro en la vida real, según se desprendió ayer en su charla ante 500 personas dentro del programa Kosmopolis del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB), donde acudió a rebufo de la promoción de la quinta entrega de *Mi lucha*, su ambicioso y ultraconfesional friso autobiográfico: *Tiene que llover* (Anagrama; L'Altra Editorial, en catalán).

Knausgård (Oslo, 1968) es en estas 700 páginas el de sus locos años entre los 20 y los 34, su fracaso en la escuela de escritura, su convulso festejo con quien será su primera esposa, Tonje Aursland, su relación con su hermano y el peso de su padre. Todo con la crudeza y sinceridad marca de la casa. Quizá contado así, lo vivido se hace más real. “No necesariamente. Escribí sobre mi padre en una novela anterior a la autobiografía y no funcionó: no me pareció auténtico”. El padre, 3.000 páginas después, sigue ahí: “Todo lo escrito es una lucha entre la idea que tengo de mi padre y yo; el eje de la serie es la identidad, cómo somos y por qué somos como somos”.

Es en *Tiene que llover* donde emerge más una de las batallas del autor noruego: la voluntad inquebrantable de escribir. “El escritor se hace, no nace. Yo quería serlo a toda costa y no lo conseguía: leía mucho, intentaba absorber las experiencias vitales de los autores, pero luego, al escribir, salía algo ajeno a mí; lo del papel no me representaba... La clave está en desaparecer uno y luego que lo que has escrito vuelva a ti”.

Para alcanzar ese grado, Knausgård no dudó en ignorar si podía dañar a los demás tanto como a sí mismo. “Has de prescindir de eso”, admite. “En los dos primeros libros fui ingenuo: pensé que pondría lo que me diera la gana porque no iba a interesar a nadie; escribí como si no hubiera de haber consecuencias... Pero las hubo y convirtieron mi vida literalmente en un infierno; eso hizo que en los siguientes libros me dejara cosas fuera, pero en el sexto, *Nombres y números*, vuelvo a la dureza de cuando las cosas duelen. Toda libertad creativa requiere que tengas un punto autista”.

Seis años después de acabar de publicar *Mi lucha* en noruego, el autor está en proceso de divorcio de Linda Boström, su esposa y madre de sus cuatro hijos, una de las principales protagonistas. Su vida tiene de todo, menos privacidad. “Fue un shock en mi sistema vital,



Karl Ove Knausgård, ayer en Barcelona. / ALBERT GARCIA

Entre la edición y la batería

Confiesa Knausgård que, a rebufo de su fama, aprovechará este verano para dar un concierto con el grupo musical que tiene con su hermano, repitiendo experiencias juveniles recogidas en el libro (él toca la batería). Fan del *Ulises* de Joyce (“vital para enseñarme que se puede escribir sobre cualquier cosa; lo veo como un manual de escritura”, le confiesa a su interlocutor, el periodista Antonio Lozano), seguirá, asimismo, con *Pelikanen*, la pequeña editorial que lanzó también con él en 2010 y con la que pierde bastante dinero porque “el sector editorial noruego es muy comercial y lo literariamente bueno no llega”. Lo dice mientras contrapone su éxito y su suerte (“cuando me releo mis textos no los encuentro tan buenos”) con la de, en su opinión, el mejor autor noruego, Thure Erik Lund: “Seguro que no lo conocen porque no está traducido, cuando es parecido a Thomas Bernhard”.

pero si defiendes escribir sin límite es difícil situar el umbral sobre tu vida privada”. ¿Y cómo encajaría si sus hijos escribieran como lo ha hecho él de su padre? “Sería un fracaso si escriben, porque solo los fracasados se hacen escritores; pero no entraré en el juego de que lo que cuenten no pasó nunca”, resume.

En un radio de 10 metros

Pero lo difícil de ser escritor es “la lucha por lograr escribir a la vez que vivir la vida cotidiana. Mi problema es que la vida, a mi alrededor, se desvanece. No estoy donde estoy; con un libro intento fijar la plena consciencia del aquí y ahora... Acabo de terminar uno sobre cosas que tenía en un radio de 10 metros, como un cepillo de dientes; todo objeto tiene capas y capas de sentido. Eso es escribir: decidir dónde mirar”, asegura.

¿Exorcizó sus fantasmas? “No, mis miedos fundamentales no han cambiado. No creo en la escritura terapéutica: leer, como escribir, te ayuda solo el tiempo que lo haces, pero luego las cosas siguen igual; por eso sigo escribiendo”, dice tras apurar el tercer botellín de agua, como para apagar un fuego interior. Su rostro está en la portada de las ediciones de Anagrama. “Es irónico: mi foto como si fuera una marca, una máscara, justo cuando intento hacer todo lo contrario”.